

nes, aun las mas comunes. Esté léjos de mí aquella ambicion que todo lo refiere á nosotros, aquella envidia que con apariencia de celo quiere mas ver omitido lo que por sí mismo no puede hacer, que dejar á los otros la libertad de hacerlo. Ó Dios mio, haced que en adelante tenga solo en mira vuestra gloria, y mire como unidos á mí á los que conspiran al mismo fin. Amen.

MEDITACION CXLVI.

DEL ESCÁNDALO.

(Matth. xviii, 6-14; Marc. ix, 41-47).

Consideremos aquí: 1.º el mal de quien da el escándalo; 2.º la atencion que se debe tener para prevenirse contra el escándalo; 3.º el pecado de quien causa el escándalo.

PUNTO I.

Del mal de quien da el escándalo.

Al celo que cada uno debe tener para extender el reino de Dios, y que no dejará Dios sin recompensa, opone Jesucristo el escándalo, que destruye el reino de Dios, y que no dejará Dios sin castigo... «Y al que escandalizare á alguno de estos pequeñuelos que creen «en mí, le estaria mejor que colgasen á su cuello una piedra de «molino de asno, y que fuese sumergido en el profundo del mar. «¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que haya «escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escán- «dalo!...»

1.º *De la necesidad del escándalo...* Esta necesidad viene de la malicia de los hombres, y del orden de la sabiduría con que gobierna Dios el mundo. Siendo los hombres naturalmente inclinados al mal despues del pecado original, pero libres y de una libertad fortificada por la gracia del Salvador; y dejando Dios, segun el orden de su sabiduría, á los hombres obrar libremente durante el espacio de su breve vida, sin poner sujecion ni interrumpir el curso de su libertad, no es posible que muchos entre ellos no abusen de esta misma libertad para abandonarse al mal; que con el progreso del tiempo no se aumente el número hasta llegar á ser el mayor, y que no se esfuercen para hacer á los otros imitadores de sus desórdenes... No débemos sorprendernos porque haya escándalos; no debemos por esto escandalizarnos, murmurar contra la sabiduría de Dios, turbarnos, imaginarnos que todo se ha perdido, que Dios no vea lo

que sucede en el mundo, ó que todo le sea indiferente. El escándalo es una consecuencia de los designios de la providencia de Dios sobre los hombres. Dios ha querido y quiere coronar en el cielo vencedores y héroes, almas nobles que se hayan declarado generosamente de su partido, y que hayan realmente combatido por él; esto es á lo que contribuye el escándalo, haciendo resplandecer la virtud, la constancia y el celo de las almas fieles á su Dios: luego el escándalo entra en el orden de aquella providencia infinita que incluye igualmente los acontecimientos libres y los efectos necesarios, y que hace servir todas las cosas á su gloria y á la felicidad de los justos.

2.º *Del lugar del escándalo...* El escándalo reina en el mundo: aquí ha colocado su trono y ejereita su imperio. En el mundo todo es escándalo, ocasion de caida, asechanzas puestas á la virtud, y oposicion total y constante á todo cuanto enseña el Evangelio: las lecciones y los ejemplos, los lugares particulares y los públicos, los negocios y los divertimientos, las lecturas y los discursos, todo lo que se ve, todo lo que se oye, todo es escándalo, todo lleva al mal, y nada á la virtud. No nos maravillemos, pues, que el Salvador haya cargado el mundo de maldiciones y de anatemas por motivo de los escándalos de que está lleno. ¡Cuántas almas habrian practicado de buena gana la virtud y se hubieran salvado sin los escándalos del mundo! Si acaso nosotros, por las obligaciones de nuestro estado, estamos empeñados en el mundo, ¡ah! guardémosnos contra sus escándalos, y vivamos con precaucion para no ser envueltos en la maldicion. Si nos hallamos en edad de escoger un partido, consultemos bien con nosotros mismos, y determinémosnos siempre mirando á nuestra salvacion. Si estamos fuera del mundo, démosle gracias á Dios; no echemos menos el mundo, de ningun modo volvamos á entrar en él, antes temamos que lleguen hasta nosotros sus escándalos.

3.º *Del castigo del escándalo...* Si el escándalo es necesario, si la sabiduría de Dios saca de él su gloria, ¿por qué lo castiga Dios? Porque la sabiduría de Dios que permite el escándalo, y recibe gloria de él, no destruye por esto la malicia del escándalo que merece el castigo, así como no destruye la virtud de aquel que evita el escándalo y merece recompensa. El bien que Dios saca del mal justifica la sabiduría de sus caminos; pero no ya la malicia del que hace el mal. Por esto ¡ay de aquel que escandaliza al mínimo de los niños, de los pequeñuelos, al mínimo de los fieles! Seria mejor para

él que fuese arrojado en el profundo del mar con una piedra de molino atada al cuello, porque será precipitado en el profundo del infierno donde arderá eternamente. ¡Ay, pues, del hombre, por cuya culpa viene el escándalo! ¡Ay de aquel que corrompe la juventud, y le enseña á obrar el mal que no conocía aun! ¡Ay de aquel que con súplicas, con caricias, con amenazas, con promesas, y por vil interés engaña la inocencia! ¡Ay de aquel que con sus sátiras, con sus motes, aparta de la virtud y de la piedad! ¡Ay de aquel que inventa modas escandalosas! ¡Ay de aquellos que las siguen, y llevan en triunfo la vanidad y la inmodestia! ¡Ay de aquel que compone libros contra la Religion ó contra las costumbres! ¡Ay del que los imprime, los vende, los presta y los hace leer! ¡Ay de aquel que pinta ó graba, que vende y expone á la vista, ó que hace ver privadamente representaciones deshonestas y provocativas! ¡Ay de aquel que canta, que copia, que da canciones impías y obscenas. Finalmente, ¡ay de aquel que ocasiona cualquier escándalo de cualquiera naturaleza que sea, ó que pudiendo impedirlo no lo impide eficazmente, y cuanto le es posible!... Examinemos si nosotros hemos sido motivo de escándalo para alguno. Lloremos amargamente nuestra culpa, hagamos penitencia de ella, y procuremos repararla por todos los medios posibles.

PUNTO II.

De la diligencia para preservarse del escándalo.

Esta diligencia consiste en excusar, huir y quitar todas las ocasiones de caída, que Jesucristo reduce á tres capítulos, bajo la metáfora de la mano, del pié y del ojo.

1.º *De la mano...* «Y si tu mano te escandaliza, córtala y échala de tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Jesucristo reprueba con estas palabras la mano impúdica, cuyas acciones prohibidas por la ley serán castigadas con un fuego eterno. La mano avara, siempre cerrada á las necesidades del prójimo, siempre abierta al hurto, á la rapiña, á la injusticia, á la usura, al fraude; la mano colérica, siempre en acto de herir, de hacer daño y de vengarse; la mano ociosa, que nada haciendo que sea útil, ni practicando obra alguna buena, siempre está ocupada en los placeres, en el juego, en las mesas, en diversiones frívolas, en la disipacion.

2.º *Del pié...* «Y si tu pié te escandaliza, córtalo, y arrojalo de tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Este

pié significa los lugares en que andamos; lugares de baile, de ciertas juntas, de teatros, de conversaciones, de juego, de placeres, de disipacion. Este pié significa las personas que frecuentemente tratamos; personas sospechosas en la fe, y capaces de engañarnos y pervertirnos; personas corrompidas en las costumbres, y capaces de comunicarnos el contagio; personas disipadas en su aire demasiado libre, en sus modales, y cuyos discursos ofenden el pudor, la piedad, la caridad. Este pié significa los protectores que cultivamos, si su proteccion, sus socorros y sus liberalidades atacan nuestra conciencia, hacen vacilar ó caer nuestra fe, nos inducen á complacencias, á lisonjas, á injusticias, ó á cooperar al mal cualquiera que sea... Quitemos, cortemos este pié escandaloso antes que ir á arder eternamente.

3.º *Del ojo...* «Y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo, y arrojalo de tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Este ojo que conviene sacar son las miradas que se deben cortar; miradas de disipacion sobre todo lo que se presenta, que apagan el fervor, la devocion, el amor de Dios, el espíritu de recogimiento y de oracion; miradas de inmodestia sobre nosotros mismos, ó sobre los otros, capaces de encender una llama que jamás podría apagarse; miradas de imprudencia sobre ciertas personas, sobre ciertas pinturas, sobre ciertas estatuas, cuya vista puede hacer impresiones peligrosas sobre los sentidos y sobre el corazon; miradas de pasion sobre libros y sobre objetos lascivos, propios á excitar la impureza, y á sustentar llamas perversas, sacrílegas, incestuosas, adúlteras; miradas de envidia sobre el bien, sobre las utilidades, sobre las fortunas del prójimo para oprimirlo ó despojarlo; miradas de curiosidad y de malignidad sobre las acciones de los otros para vituperarlas, criticarlas y desacreditarlas.

Cuanto dice Jesucristo de la mano, del pié y del ojo, no debe entenderse menos de todos los otros sentidos: del oido, del olfato, del gusto, de la lengua, del corazon, de la imaginacion, de la memoria, del pensamiento, del espíritu y de la voluntad. De cualquiera parte que nos venga el escándalo, todo lo que nos es ocasion de caída, debe ser enteramente cortado, so pena de ser excluidos para siempre del cielo, y precipitados al infierno... ¡Vasta materia de exámen y sujeto importante de reflexiones! Siuviésemos cuidado de cortar de esta manera la raíz del mal, nuestra salvacion no sería tan difícil, ni tan incierta, ni tan arriesgada.

PUNTO III.

Del pecado de quien ocasiona el escándalo.

Lo 1.º *El hombre escandaloso ofende los Ángeles del cielo...* «Guardaos de despreciar á alguno de estos pequeñuelos ; porque yo os hago saber que sus Ángeles en el cielo ven perpétuamente la cara «de mi Padre que está en los cielos...»

Aquel niño que vosotros despreciáis, aquel criado, aquel jóven sin nombre, sin fortuna, sin proteccion, que vosotros creéis poder escandalizar impunemente y hacerlos cómplices de vuestros pecados, ¿sabeis con ciencia cierta quiénes son, y á quién pertenecen, y quiénes son aquellos que los protegen? Son hijos de Dios, y los Ángeles del cielo están encargados de guardarlos y defenderlos. Cada uno de ellos tiene un Ángel tutelar y custodia que vela en su defensa sin perder la vista de Dios... Estos Ángeles os ven : ¿cómo no se enojarán contra vos, si os ven atentos á perder lo que ellos tienen tanto cuidado de conservar? ¿No solicitarán ellos la venganza de Dios en cuya presencia están todos? ¡Ah, imitad antes bien estos Ángeles en cuanto os sea posible ; uníos á ellos : trabajad de inteligencia con ellos, para remover los escándalos y proteger la inocencia! Dad gracias á Dios por haberos puesto á vosotros mismos bajo la proteccion de un Ángel : respetad este espíritu sublime, poderoso, bienaventurado : suplicadle, escuchadle, dadle gracias, y poned en él toda vuestra confianza. Respetad tambien, y rogad al Ángel custodio de todos aquellos con quienes habeis de tratar.

Lo 2.º *El hombre escandaloso destruye la redencion del Salvador, respecto de aquellos que escandaliza...* «Porque el Hijo del hombre «ha venido á salvar lo que se había perdido...»

Jesucristo bajó del cielo para salvar al hombre : salió del seno de su Padre ; ha, por decirlo así, abandonado la corte celestial y la compañía de los Ángeles por correr detrás de aquella oveja descarriada ; y cuando la ha hallado, y por ella hace fiesta, vos con vuestro escándalo, vos se la arrebatáis, vos le quitáis su mas amada conquista, vos destrozais una miés que formaba su mas dulce esperanza. Él esperaba formarse un pueblo nuevo y fiel de estos pequeñitos, de estos niños, de estas almas inocentes ; ya lo habia comprado con el precio de su sangre, ya lo habia consagrado é incorporado por medio del Bautismo, los habria hecho santos y escogidos, y vosotros, ¡oh inhumanos! destruis todas sus esperanzas, el

fruto de sus trabajos y de su redencion. ¿Comprendeis vosotros ahora qué pecado sea el escándalo? En poco tiempo se renovaria la faz del Cristianismo sin el escándalo que se da á la juventud, y muchas veces tambien á los niños antes de la edad de la razon. ¡Oh miserables de aquellos que se hacen culpables de un tan gran delito!

Lo 3.º *El hombre escandaloso se opone á la voluntad de Dios que quiere la salvacion de los hombres...* «Así no es voluntad de vuestro «Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeñuelos...»

Cuanto Jesucristo ha hecho por la salvacion de los hombres, lo ha hecho conformándose con la voluntad de Dios su Padre, de quien él es el Hijo único. Este mismo Dios, Criador y Padre de todos los hombres, que ha venido á ser especialmente nuestro por nuestra adopcion en Jesucristo, no quiere que alguno de nosotros perezca. Quiere que nosotros, despues de haber vivido sobre la tierra como dignos hijos, seamos participantes en el cielo con su Hijo único de su herencia eterna, y que reunidos á él y á nuestro Salvador, gocemos de la Divinidad misma, y de todas las delicias que en ella se incluyen. ¡Ah, qué delito tan enorme, ptes, comete el escandaloso, que oponiéndose á esta voluntad de Dios, y uniéndose con la malicia y con la envidia del demonio, priva á un alma de un bien tan grande para precipitarla en los tormentos del infierno!... Pero el escandaloso ¿pensará acaso ó se imaginará que podrá oponerse siempre á la voluntad de Dios? Si esta voluntad para nuestra salvacion es condicionada en este mundo, y pide en nosotros una fiel cooperacion ; la que él tiene de recompensar en el otro la virtud y de castigar el vicio, ¿es absoluta, y nada podrá oponérsele ni resistirle? Si en el otro mundo el que se ha dejado pervertir del escándalo es castigado de una manera tan terrible, ¿qué será de aquel que por sus escándalos se habrá perdido y habrá ocasionado la pérdida de los otros?

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, haced que yo sea la víctima, no de vuestra cólera, sino de vuestra caridad, ardiendo del fuego de vuestro amor ; haced que léjos de corromper á los otros, y de ser para ellos motivo de escándalo, sirva antes de preservarlos de la corrupcion y de los escándalos del mundo. Amen.

MEDITACION CXLVII.

DEL INFIERNO.

Si las leyes que nos ha dado Jesucristo sobre el escándalo parecen severas y difíciles de practicarse, los motivos que nos propone son tan poderosos, que hacen desaparecer toda dificultad; porque de una parte se trata de ganar el cielo, y de la otra de evitar el infierno. Parémonos ahora en este último motivo... «Ser arrojado en el fuego eterno... en el fuego del infierno... ir al infierno en un fuego inextinguible, donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga¹...» Tales son las palabras de Jesucristo, palabras que nos demuestran invenciblemente que en las penas del infierno hay tres cosas terribles: 1.^a el fuego; 2.^a el gusano; 3.^a la eternidad, á que añadiremos, 4.^a la equidad de este suplicio.

PUNTO I.

Del fuego del infierno, ó sea de las penas exteriores.

1.^o *El fuego es el tormento mas cruel entre los tormentos del cuerpo...* Con razon se dice que todos los tormentos están en el infierno, estando allí el fuego. Recorred todas las enfermedades, todos los dolores que podemos padecer en nuestro cuerpo, ellos son nada en comparacion del dolor que ocasiona el fuego. ¿No hemos experimentado en nosotros mismos su actividad, ó no hemos, por ventura, visto jamás en otros sus terribles efectos? Un hierro ardiendo, cogido por inadvertencia, una gota de agua hirviendo, una pavesa encendida, que casualmente cae en una mano, ¿no nos hace gritar y nos ocasiona los mas vivos dolores?

2.^o *El fuego es el mas horrendo suplicio que puede emplear la justicia humana...* Es tan terrible, que si se deja ejercitar toda su fuerza, no puede durar largo tiempo, y si se le quiere prolongar, es necesario aplicar un poco cada vez. Un hombre quemado á fuego lento, este pensamiento hace estremecerse; con todo eso padece solamente en algunas partes de su cuerpo. Un hombre quemado vivo es un espectáculo horrible, á cuya vista ninguno puede resistir; con todo eso padece solo pocos instantes, y bien presto lo libra la muerte de su tormento. Pero ser sumergido en el fuego, estar revestido y penetrado, abrasarse todo enteramente y en todas las partes del cuerpo, sin que el cuerpo se consuma, sin que el sentido se amortigüe, sin que la muerte pueda dar fin á este horrible tormento,

¹ Matth. xviii, 8, 9; Marc. ix, 42-47.

¡oh qué estado, oh qué suplicio! ¡Ah! gran Dios, ¿quién podrá estar delante de Vos? ¿Quién no temblará una justicia tan poderosa y tan terrible?

3.^o *El fuego de un incendio es el mas espantoso de todos los espectáculos...* El fuego se ha pegado en una casa, ya ocupa todas sus partes, se hizo ya dueño de todos los cuartos; la llama mezclada de un humo negro se eleva en torbellinos sobre el techo, y anuncia desde lejos horror y estrago. Los miserables habitantes, sorprendidos en el incendio, encerrados en este horno, envueltos entre llamas, buscan en vano el medio de salir: perdidos ya, y no sabiendo dónde poner el pié, corren á la muerte que quieren evitar; atraviesan las llamas y caen en golfos ardientes que por todas partes se abren, y aquí miserablemente perecen. El pueblo, entre tanto, está en consternacion y en movimiento, cada uno, aunque con riesgo de su vida, se da prisa á llevarles socorro, á apagar el incendio, y á preservar de él las casas vecinas... Imágen débil y poco semejante al incendio del infierno. Víctimas desgraciadas de la justicia de un Dios despreciado por vosotras, ya no os queda medio alguno para huir ó libraros del incendio para salir de vuestras ardientes prisiones, ni menos el de morir en ellas. Para vosotras ya no hay socorro, no hay alivio, ni tampoco compasion. El fuego que os devora es de una naturaleza que no se puede apagar en vosotras; vosotras mismas sois su alimento inmortal, y el soplo de la cólera de vuestro Dios, que lo ha encendido, será igualmente eterno con él.

4.^o *El fuego es el elemento á cuyo reparo cada uno usa toda la precaucion posible...* Veis con qué arte es manejado y distribuido, con qué prontitud se vuelve á su sitio un carbon encendido que se apartó de su lugar, y se apaga una pavesa que cae; con qué severidad se prohíbe acercarlo á ciertos lugares; con qué vigilancia se examina, antes de coger el sueño, si todas las cosas están fuera de este peligro. ¡Ah! se dice, no se usan jamás sobradas diligencias contra el fuego. ¡Insensatos! ¿Y contra el fuego del infierno, ninguna precaucion, ningun temor, ninguna inquietud? Llenos de dudas sobre la Religion, sabedores de confesiones mal hechas, con una conciencia rea de pecados graves y conocidos, ¿vivimos tranquilos, nos abandonamos al sueño como si nada hubiera que temer? Estamos al borde de aquel golfo espantoso, ¿y con todo eso reimos, nos divertimos, y al parecer tenemos el gusto de arrojarnos dentro y llevar con nosotros otros muchos? ¡Qué locura! ¡qué furor! ¿Nos dice, por ventura, mucho Jesucristo, con decir... «Si tu mano... si

«tu pié... si tu ojo te escandaliza, córtalo, arráncalo, arrojalo de «tí?...»

PUNTO II.

Del gusano devorador, ó sea de las penas interiores.

El tormento del fuego en esta vida lleva tras sí todas las facultades del alma, y quita toda la potestad de ocuparse en algun otro objeto. No sucede así en el infierno. Llenando de sí el fuego toda la facultad de sentir que tiene el alma, conservan las otras dos facultades, el entendimiento y la voluntad, toda su fuerza para ocasionarle un nuevo género de tormento, que es aquel gusano devorador de que es despedazada, y cuyo suplicio es superior á cuanto podemos expresar ó imaginar... «*Su gusano no muere...*» Tres veces lo ha repetido Jesucristo, y tres suertes de reflexiones oprimen al alma condenada.

1.^a *Reflexiones sobre lo presente...* El alma condenada lleva sus pensamientos sobre lo presente y sobre todo aquello que la rodea, y no ve otra cosa que suplicios, é impotencia total de librarse de ellos ó de aliviar su dolor. Ahora los juzga atroces, crueles é injustos, y brama contra el Criador, contra el Salvador y contra todas las criaturas... Ahora reconoce la justicia y la equidad, y concibe todo el horror de los pecados de que se ha manchado, y vuelve contra sí todo su furor. Ahora compara su estado con el de los bienaventurados: sabe que aquel mismo Dios, que á ella la desecha, se comunica á otros con todo el esplendor de su gloria; que mientras agrava sobre ella su mano vengadora y terrible, despliega en favor de otros todo su poder para hacerlos felices; que mientras ella está sumergida en un abismo de fuego y de suplicios, nadan otros en un océano de delicias, cuya inefable dulzura no puede jamás alterarse. Entre estos bienaventurados ciudadanos del cielo cuenta ella algunos que ha conocido, con quienes ha vivido, y que acaso han sido de ella motejados, despreciados, insultados: allí reconoce amigos, parientes, protectores, que se han interesado por su salud, y han hecho todos los esfuerzos para llevarla consigo. Y ¡oh con qué ardor suspira ella por gozar de Dios, por unirse al sumo Bien! ¡Ah! interceded por mí, grita ella; sacadme fuera de este horrible golfo... ¡Vanos deseos! ¡Gritos inútiles que no llegan hasta ellos; no llegan á su gloriosa morada! Allí absortos en Dios, tranquilos en su felicidad, ya no piensan mas en ella, ya no tienen mas memoria de ella. Fuera de sí, entonces, del odio y del furor, querría ani-

quilar todas las cosas; al Criador, á las criaturas, el cielo, el infierno, y á sí misma con todo el universo. ¿Pero qué? siente la miserable que no puede, se roe, se despedaza, se desespera, y viene á ser el mas cruel tormento á sí misma.

2.^a *Reflexiones sobre lo venidero...* Tira su vista sobre lo venidero, y no ve otra cosa que un abismo sin fondo, que una continuación sin fin en la misma situacion y en los mismos suplicios, sin poder esperar que se acabarán, que se mudarán, que se mitigarán. No habrá jamás socorro, no habrá jamás remedio, no habrá jamás consuelo, no habrá jamás compasion, jamás habrá poder capaz de socorrerla ó de librarla: en la naturaleza no hay mas fuerza que para atormentarla y para perpetuar sus tormentos. ¿Y quién podrá exprimir la rabia y la desesperacion que ocasiona una tal certidumbre?

3.^a *Reflexiones sobre lo pasado...* Lee en lo pasado que por su propia culpa ha caido en aquel abismo de suplicios, vuelve á llamar á su memoria los medios, la facilidad que ha tenido para preservarse de ellos, las gracias, las instrucciones, los buenos ejemplos que Dios le habia presentado, conoce que no ha estado sorprendida ni engañada, confiesa que sabia todo lo que ahora experimenta, que lo habia pensado, que lo habia meditado, que hubo un tiempo en que caminaba en el buen camino, que de ella dependia el perseverar en él; que habiendo pecado, podia volverse á Dios por medio de la penitencia, y recuperar su gracia... ¡Ah tiempos afortunados, ya no existís mas, ya no volveréis jamás! Estoy sumergida en la suma miseria. Fuí criada ciertamente para gozar del sumo Bien: he podido estar en la gloria; estoy en el infierno: todo se ha perdido para mí, no hay para mí remedio... Medita la vanidad de los objetos que ha preferido á Dios, y que la han hecho precipitarse en aquella miseria: mundo, placeres, riquezas, pasatiempos, vida momentánea, ¿dónde estais? ¿Es posible que me hayais engañado, y que por vosotros me haya yo expuesto á estos tormentos, y que finalmente haya caido en ellos? ¡Oh dolor, oh infelicidad, oh lágrimas de sangre! Pero ¡dolor, sentimiento y lágrimas sin fruto; gusano devorador que jamás morirá! ¡Estoy condenada, soy perdida; mi pérdida es irreparable!

PUNTO III.

De la eternidad del infierno.

Lo 1.º *En orden á los condenados...*

En primer lugar, la eternidad pone el colmo á su miseria, porque hace sus males infinitos. El mínimo y el mas ligero mal, una postura, una situacion violenta é incómoda, si debiera durar siempre seria un mal infinito. Pues ¿qué cosa es aquel fuego que no se apaga jamás, y qué cosa es aquel gusano que jamás muere? ¡Una eternidad! ¿Quién puede oír esta palabra sin estremecerse? Solo su pensamiento es tan terrible, que el querer internarse en él demasiado es muchas veces peligroso al espíritu... En segundo lugar, la eternidad del infierno pone el colmo á la miseria de los réprobos, porque ellos mismos la conocen. En un dolor agudo, la primera inquietud que se tiene es de saber cuándo acabará el mal. Aun cuando dure poco, presto desea la muerte el atormentado, y se irrita al ver que se le difiere. En una cura un poco larga se procura engañar al enfermo, se le señala para su sanidad un término brevísimo. Llegado el tiempo se engaña de nuevo, y se lisonjea de este modo su inquietud y su fastidio con falsas esperanzas. ¡Ah! no es así de un alma réproba: la primera cosa de que está cierta al entrar en el infierno, es que de allí no saldrá jamás... En tercer lugar, la eternidad del infierno pone el colmo á la miseria de los réprobos, porque está siempre presente al espíritu... Un condenado tanto está combatido del pensamiento de la eternidad, cuanto lo está de sus tormentos: no puede sufrir estos sin pensar que los sufrirá eternamente. Por esto se puede decir que en cada momento sufre la eternidad toda entera... ¡Oh Dios, qué venganza! ¡Y cuán terribles son vuestros juicios!

Lo 2.º *De la eternidad del infierno en orden á nosotros...*

En primer lugar, ella es un objeto de fe... Jesucristo lo ha revelado claramente en el Evangelio, la Iglesia nos lo enseña como un dogma sagrado. Esta fe se les dió á los primeros hombres, se perpetuó en el pueblo de Dios, fue señalada y depositada en los Libros santos, y de ella se encuentran vestigios aun en las fábulas del paganismo y de la idolatría. Negar esta eternidad, no es destruirla; antes bien es merecerla y hacérsela segura, porque conviene al mismo tiempo negar á Jesucristo, negar el Evangelio y la Iglesia. Esta eternidad es incomprendible, porque los objetos de la fe son in-

comprendibles, pues se versan sobre la naturaleza, sobre los designios y sobre las obras de Dios que es un ente infinito é incomprendible. Todas las obras de este Ser infinito participan de su infinitud, y son segun su naturaleza, obras de una sabiduría infinita, de una bondad infinita, de un amor infinito, de una infinita misericordia, de una justicia y de un rigor infinito... Adoremos, temamos, amemos este Ente infinito, este Ser infinito, aprovechémonos de su amor y de su misericordia infinita para evitar los suplicios de su infinita justicia.

En segundo lugar, la eternidad del infierno es para nosotros un sujeto de temor... Temer el infierno, temer condenarse, temer el pecado que solo conduce al infierno, temer á Dios que con tanto rigor castiga el pecado y puede precipitarnos en el infierno, hé aquí las solas cosas que hemos de temer. ¿Y quién no os temerá, ó Dios terrible? ¿Y cómo puede darse que los hombres teman tantas cosas sobre la tierra, y no teman despues el infierno? ¿Cómo es posible que los hombres teman tanto á los hombres, y no teman á Dios? ¡Insensata ceguedad en que he estado tambien yo! ¿Y no lo estoy tambien ahora? ¿Por qué tantos condenados en el infierno? Porque no lo han temido. Temámoslo, pues, para librarnos de él, y temámoslo con un temor eficaz que sea la basa de todas nuestras acciones, de todas nuestras deliberaciones, de todos nuestros empeños, y de todos los movimientos de nuestro corazon... «*El temor de el Señor es el principio de la sabiduría* ¹...»

En tercer lugar, la eternidad del infierno es para nosotros un motivo de fervor y de amor... Yo he merecido el infierno, y Dios me ha preservado de él... Si hubiese muerto en tal tiempo, en tal circunstancia, mi alma estaba perdida: estaria actualmente en el infierno; para mí ya no habria remedio. Hay actualmente en el infierno muchos réprobos menos culpados que yo; muertos mas jóvenes que yo; y á estos ninguna esperanza les queda ya de salir jamás. ¿Por qué no estoy yo tambien allí? ¿Por qué exceso, ó Dios mio, por qué predileccion me habeis preservado de una tan grande desgracia? Actualmente desechais de Vos aquellas almas, mientras que me convidais á mí para ir á Vos. Actualmente les significais que ya no hay para ellas redencion, mientras que me ofreceis á mí toda la sangre de vuestro Hijo: ellas están sumergidas en los fuegos de vuestra cólera, y yo rodeado en los fuegos de vuestro amor. Una miserable eternidad es su porcion irrevocable, y á mí me ofreceis una eterni-

¹ Psalm. cx, 9.

dad bienaventurada, y me convidais para ella. El infierno está cerrado sobre ellas, y para mí está abierto el cielo. ¡Ay de mí! ellas se lamentan de esto... Vuestras bondades para conmigo excitan sus quejas y sus blasfemias, ¿y no excitarán en mí el amor? ¡Ah! os amo, ó Dios protector, ó Dios libertador; os amo, os bendigo, os adoro, y estoy dispuesto á todo para daros prueba de mi amor. Vos me habeis librado del infierno; pues ¿qué cosa puedo yo encontrar difícil en vuestro servicio? Si una de aquellas desgraciadas víctimas del infierno pudiese volver sobre la tierra, ¿hallaría aun, por ventura, penas y dificultades en cualquier ejercicio de virtud y en la práctica constante de todas sus obligaciones?

PUNTO IV.

De la equidad del suplicio del infierno.

Lo 1.º *Examinemos á qué cosa sea proporcionado este suplicio...*

En primer lugar, es proporcionado á la gravedad del pecado... Todo esto se debe entender del pecado mortal, el cual es un quebrantamiento de la ley pleno y entero, libre y determinado, y en materia grave; pero no se puede aplicar al pecado venial, al que falta siempre alguna de estas condiciones, y por esto se llama venial; esto es, merecedor de indulgencia y de perdon; pero el pecado mortal merece el infierno, y justamente es proporcionado á su gravedad el infierno... ¡Ah! no juzguemos del pecado mortal segun nuestros sentidos, segun nuestras pasiones, segun nuestros prejuicios y segun la idea del mundo, sino segun las luces de la fe. Este pecado ofende á Dios; es una desobediencia á su voluntad intimada y conocida; una transgresion de sus órdenes soberanas y absolutas. Transgresion y desobediencia cometida en su presencia y delante de sus ojos, no obstante sus amenazas y sus promesas, para la cual no hemos podido servirnos de otra cosa que de sus propios beneficios, de nuestro ser, de nuestro cuerpo, de nuestra alma, de las otras criaturas que se nos habian dado para servirle, y que solamente debemos reconocer de su liberalidad. Por esto al pecado le convienen con razon los títulos mas odiosos, como son de ofensa, de ingratitud, de odio, de desprecio, de insulto, de ultraje. Ahora, la gravedad de una ofensa crece á proporcion de la cualidad del que ofende y de la dignidad del ofendido. Siendo Dios infinitamente superior al hombre, la ofensa que el hombre comete contra Dios es de una gravedad en alguna manera infinita: por esto la duracion

interminable de los suplicios infernales les da una especie de infinidad que corresponde á la gravedad del pecado.

En segundo lugar, el suplicio del infierno es proporcionado á nuestras necesidades en este mundo, segun nuestro estado. Llenos de pasiones dentro de nosotros, rodeados de escándalos por defuera, tenemos necesidad de un freno poderoso para contenernos. Si no obstante la fe del infierno el mundo está tan corrompido, ¿qué sería sin esto? Ya se ve bien que el impío, empeñado en debilitar ó en destruir esta fe, habla solo en favor del vicio. Es, pues, del todo conveniente, tanto á la sabiduría de Dios, cuanto á su justicia, que haya un infierno; es tambien conveniente á su bondad, porque si solo hubiera gloria y ningun infierno, ¡oh y qué pocos se harian violencia para merecer el cielo! ¡Cuántos Santos deben su conversion, su perseverancia y toda la perfeccion de su amor al pensamiento del infierno! ¡Cuántos Mártires se han mantenido constantes entre los mayores suplicios, con la memoria de los suplicios infernales! Aprovechémonos tambien nosotros de esta memoria: demos gracias á Dios por habernos dado un estímulo tan poderoso y un medio tan eficaz de servirle y de merecer la eterna felicidad.

Lo 2.º *Consideremos á qué cosa no es proporcionado el suplicio del infierno...*

En primer lugar, no es proporcionado al placer que se gusta en el pecado... La filosofia de los incrédulos se engaña tambien aquí. No es el placer el que Dios castiga en el infierno, es el pecado. La virtud tiene sus placeres, y mil veces mas dulces que los del pecado. Disminuid, pues, cuanto querais; el placer que puede gustar el corazon mas voluptuoso, vosotros teneis razon. Decid que no es propio de la bondad de Dios castigar con suplicio horrible un placer de un momento y tan ligero. En un sentido tambien teneis razon. Pero cuanto es mas vano y momentáneo este placer, tanto mas culpables sois vosotros en haberlo antepuesto á la obediencia que debéis á las órdenes de vuestro Criador; órdenes absolutas, acompañadas de tan graves amenazas y de tan magníficas recompensas; y esta es la malicia del pecado que Dios castiga. Quanto mas vano es este placer, lleno de temores y de penas, tanto mas insensatos sois en haberlo preferido á la voluntad de Dios, á la felicidad del cielo, y haberos expuesto por una ligera y pasajera satisfaccion á arder eternamente en el infierno; y hé aquí lo que debéis concluir. ¡Oh placer del pecado, tú no puedes engañar un corazon lleno del pensamiento del infierno! Tú no puedes tentar una carne penetrada

del temor de Dios y del rigor de sus castigos. Un gusto, un placer momentáneo á que se sigue una eternidad de suplicios, ¿podría aun ahora tener para mí algun atractivo? ¿Tendría aun corazon para consentir y abandonarme á él?

En segundo lugar, el suplicio del infierno no es proporcionado á las penas de la virtud... Cuanto tiene de mas severo el Evangelio, de mas riguroso la penitencia, de mas pesado nuestras obligaciones, de mas atroz las persecuciones, y de mas doloroso las enfermedades; todo esto es nada en comparacion del infierno. Vosotros encontrais la virtud difícil; no podeis violentar vuestro espíritu para meditar y orar, para tener en freno vuestros sentidos, para conservaros en el recogimiento, mortificar vuestra carne para conservaros puros: ¿cómo, pues, podréis sostener el rigor de los fuegos infernales? Vosotros fácilmente os cansais, volveis atrás, no podeis perseverar en el bien: ¿y cómo podréis llevar el peso de la eternidad del infierno? Si hubiese venido fuera un alma del infierno, ¿hallaría, acaso, insoportables las penas de la virtud? Conservad, pues, en vuestra memoria estas palabras de nuestro Salvador, en que continuando su alegoría, nos dice: «Es mejor para tí llegar á la vida eterna con sola una mano... con solo un pié... con un ojo solo... que teniendo dos, ir al infierno á un fuego inextinguible...» Sí, sin duda, es mejor estar en la gloria del paraíso, sin haber gustado las pecaminosas dulzuras de este mundo, que estar en el infierno despues de haberse saciado de ellas. Estas palabras las endereza Jesucristo á todos nosotros: no las olvidemos, repitámoslas á nuestra alma cuando se presenta la ocasion de hacer cualquier sacrificio... «*Es mejor para tí...*» alma mia, privarte de este gusto, de esta satisfaccion y salvarte, que gustarla y condenarte.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Dios mio, castigad aquí en la tierra, abrasad, cortad, con tal que me perdoneis en la eternidad. Ninguna cosa hay difícil cuando se trata de evitar el infierno... Haced, ó Dios mio, que durante mi vida las lágrimas amargas de la penitencia borren aquel pecado que despues de mi muerte no podrá ser purgado ni borrado en mí por las llamas del infierno. Amen.

MEDITACION CXLVIII.

RECAPITULACION DEL DISCURSO PRECEDENTE.

(Marc. ix. 48, 49).

PARÁBOLA DE LA SAL.

Jesucristo se sirve frecuentemente de comparaciones, y muchas veces de la comparacion de la sal, y la aplica á diferentes materias: parece que aquí distingue en ella cuatro diferentes especies: 1.º una sal de castigo y de suplicio; 2.º una sal de mortificacion y de penitencia; 3.º una sal de sabiduría y de enseñanza; 4.º de concordia y de union.

PUNTO I.

Sal de castigo y de suplicio.

Una de las propiedades de la sal es el conservar. Cuando Jesucristo nos dice que *cada uno* de los réprobos y *toda victima entera será salada con sal*, nos pone delante de los ojos la universalidad, la inmensidad y la eternidad del suplicio infernal.

1.º *La universalidad...* No nos cansemos de meditar una metáfora que Jesucristo mismo se ha dignado proponer para aterrarnos mas vivamente y hacernos evitar el suplicio del infierno. Observemos como con la sal se prepara la carne que se quiere conservar. Se tiene cuidado de llenar de ella todos los vacios; se la hace entrar en todas sus partes, se la hace penetrar dentro y fuera; toda enteramente se envuelve en la sal, y finalmente se sumerge y se cubre de sal. Tal es la imágen que nos podemos formar del suplicio de un condenado. Ninguno de sus sentidos, ninguna parte de su cuerpo, ninguna facultad de su alma estará exenta del tormento.

2.º *La inmensidad...* Y ¡oh qué tormento horrible! ¡tormento infinito! No será solamente una sal acre y corrosiva, sino un fuego ardiente y devorante, el que ocasionará en el réprobo los mas crueles dolores: se le aplicará este fuego, será cubierto de él, y en él será sumergido el miserable.

3.º *La eternidad...* Finalmente este fuego será como la sal, que conserva en vez de destruir. Abrasará y no consumirá: existiendo siempre el réprobo, será todo él entero su eterno alimento: será víctima inmortal de la justicia de un Dios despreciado y ofendido, á quien no ha querido temer ni amar.